

Andrea Camilleri

# EL CAMPO DEL ALFARERO

Traducción del italiano de  
María Antonia Menini Pagès



salamandra

Título original: *Il campo del vasaio*

Imagen de la cubierta: Arcangel Images

Copyright © *Sellerio Editore, Palermo, 2008*

Copyright de la edición en castellano © *Ediciones Salamandra, 2011*

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7ª 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

[www.salamandra.info](http://www.salamandra.info)

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-356-0

Depósito legal: B-26.127-2011

1ª edición, marzo de 2011

3ª edición, julio de 2011

*Printed in Spain*

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdager, 1  
Capellades, Barcelona

EL CAMPO  
DEL ALFARERO



# 1

Lo despertó una fuerte e insistente llamada a la puerta de su casa; llamaban con desesperación, con las manos y los pies, pero curiosamente no pulsaban el timbre. Miró hacia la ventana. A través de la persiana baja no se filtraba la luz del amanecer; fuera todavía estaba oscuro. O mejor: por la ventana se veía de vez en cuando un relámpago traicionero que helaba la estancia, seguido de un trueno que hacía vibrar los cristales. La tormenta que había empezado la víspera era cada vez más fuerte. Pero lo más extraño era que no se oía el ruido de la mar gruesa que debía de haber llegado hasta la galería tras engullir la playa. Buscó a tientas la base de la lámpara de la mesita de noche y pulsó el botón, que hizo clic, pero la luz no se encendió. ¿Se había fundido la bombilla o se había ido la corriente? Se levantó y un estremecimiento de frío le recorrió la espalda. A través de la persiana entraban no sólo relámpagos sino también cuchillas de viento helado. El interruptor de la araña del techo tampoco funcionó; sí, seguramente fallaba la electricidad a causa de la tormenta.

Seguían llamando a la puerta. En medio de aquel estruendo, le pareció oír también una voz apremiante que lo llamaba.

—¡Ya voy! ¡Ya voy! —gritó.

Como dormía desnudo, buscó algo con que cubrirse, pero no encontró nada a mano. Estaba seguro de haber dejado los

pantalones encima de la silla, a los pies de la cama. A lo mejor habían resbalado al suelo. Pero no podía perder tiempo buscándolos. Se dirigió a la entrada.

—¿Quién es? —preguntó sin abrir.

—Bonetti-Alderighi. ¡Abra enseguida!

¿El jefe superior de policía? Pero ¿qué coño estaba ocurriendo? ¿O acaso era una broma de mal gusto?

—Un momento.

Corrió a buscar la linterna que guardaba en un cajón de la mesita del comedor. La encendió y abrió la puerta. Palideció al ver al jefe superior de policía empapado por la lluvia. Llevaba un enorme sombrero negro y un impermeable con la manga izquierda arrancada.

—Déjeme entrar.

Montalbano se apartó y el hombre entró. El comisario lo siguió maquinalmente, como un sonámbulo, olvidando cerrar la puerta, que empezó a golpetear contra la pared a causa del viento. Al llegar a la primera silla que encontró, Bonetti-Alderighi, más que sentarse, se derrumbó sobre ella. Luego, bajo la estupefacta mirada de Montalbano, se cubrió el rostro con las manos y se echó a llorar.

Las preguntas que rondaban la cabeza del comisario adquirieron una aceleración de despegue de avión; aparecían y desaparecían, nacían y morían a una velocidad tal que le impedía atrapar por lo menos una que fuera clara y exacta. Ni siquiera conseguía abrir la boca.

—¿Puede esconderme en su casa? —preguntó ansioso el jefe superior.

¿Esconderlo? ¿Y por qué el jefe superior necesitaba esconderse? ¿Quería dárselas de fugitivo? ¿Qué había hecho? ¿Quién lo buscaba?

—No... no entiendo qué...

Bonetti-Alderighi lo miró perplejo.

—Pero cómo, Montalbano, ¿no sabe nada?

—No.

—¡La mafia ha tomado el poder esta noche!

—Pero ¿qué dice?!

—¿Y qué quería usted que acabara sucediendo en este desventurado país? Una ley de mierda hoy, una ley de mierda mañana, hasta llegar a donde hemos llegado. ¿Me da un vaso de agua, por favor?

—En... enseguida.

Se le ocurrió que el jefe superior no andaba bien de la cabeza. Tal vez había sufrido un accidente de tráfico y ahora el susto le hacía decir incongruencias. Lo mejor era llamar a jefatura. O quizá a un médico. Pero entretanto no había que despertar las sospechas de aquel desdichado. Por eso, y de momento, había que seguirle la corriente.

Se dirigió a la cocina, pulsó instintivamente el interruptor y la luz se encendió. Llenó un vaso, dio media vuelta, y al llegar a la puerta se quedó paralizado, como una estatua de las que ahora están de moda, incluso podría haberse llamado *Hombre desnudo con vaso en la mano*.

La habitación estaba iluminada, pero Bonetti-Alderighi ya no se encontraba allí; en su lugar había sentado un hombre bajo y rechoncho con boina, al cual reconoció enseguida. ¡Totò Riina! ¡Lo habían sacado de la cárcel! O sea, que el jefe superior no había enloquecido; ¡lo que le había contado era la pura y simple verdad!

—*Bonasira* —saludó Riina—. Perdone la hora y el momento, pero dispongo de poco tiempo y fuera me espera un helicóptero para llevarme a Roma a formar gobierno. Ya tengo algún nombre: Bernardo Provenzano, vicepresidente; uno de los hermanos Caruana en Exteriores; Leoluca Bagarella en Defensa... Pero he venido a verlo para hacerle una pregunta, y usted, comisario Montalbano, tiene que contestarme enseguida si sí o si no. ¿Quiere ser mi ministro de Interior?

Antes de que Montalbano pudiera contestar, apareció Catarella en la habitación. Empuñaba un revólver con el que apuntó al comisario; gruesas lágrimas le surcaban el rostro.

—Si usía, *dottori*, le dice que sí a este delincuente, ¡yo lo mato personalmente en persona!

Pero Catarella se distrajo mientras hablaba. Y Riina, más rápido que una serpiente, cogió su pistola y disparó. La luz de la habitación se apagó y...

Montalbano se despertó. Lo único verdadero del sueño que acababa de tener era la tormenta que sacudía las contraventanas, que habían quedado abiertas. Se levantó, fue a cerrarlas y volvió a acostarse después de haber mirado el reloj. Las cuatro. Quería recuperar el sueño, pero tuvo que conversar con el otro Montalbano detrás de los párpados obstinadamente cerrados.

¿Qué significaba este sueño?

¿Y por qué quieres encontrarle un significado, Montalbà?  
¿A menudo no te ocurre que tienes sueños de mierda... perdón, sin pies ni cabeza?

Eso de que son sueños sin pies ni cabeza lo dices tú, que eres tan ignorante como una bestia. A ti te lo parecen, pero ¡cuéntaselos al señor Freud y verás lo que éste es capaz de sacar de ellos!

¿Y por qué tengo que ir a contarle mis sueños al señor Freud?

Porque, si no consigues explicarte o hacer que te expliquen el sueño, no podrás volver a dormirte.

Pues vale. Pregunta.

¿Qué te ha causado mayor impresión de todo lo que has soñado?

El cambio.

¿Cuál?

Que, al regresar de la cocina, en lugar de Bonetti-Alderighi estuviera Totò Riina.

Explícate mejor.

Que en lugar del jefe superior de policía, representante de la ley, estuviera el número uno de la mafia, el jefe de los que están contra la ley.



O sea, me estás diciendo que en tu habitación, en tu casa, entre tus cosas, te has visto obligado a acoger tanto a la ley como a quien está fuera de la ley.

¿Y qué?

¿No podría ser que, en tu fuero interno, la línea divisoria entre la ley y la ausencia de ella esté resultando cada día menos visible?

¡Qué chorradas dices!

Pues entonces planteémoslo de otra manera. ¿Qué te han dicho?

Bonetti-Alderighi me ha pedido que lo escondiera, me ha pedido ayuda.

¿Y eso te ha sorprendido?

¡Pues claro!

¿Y qué te ha pedido Totò Riina?

Que fuera su ministro de Interior.

¿Y eso te ha sorprendido?

Pues sí.

¿Te ha sorprendido tanto como la petición de ayuda del jefe superior? ¿Más? ¿Menos? Contesta con sinceridad.

Pues no. Menos.

¿Por qué menos? ¿Para ti es normal que un capo de la mafia te pida que trabajes con él?

No; la cuestión no hay que verla así. En ese momento, Riina ya no era un capo de la mafia, sino que estaba a punto de convertirse en primer ministro. Y me pedía que colaborara con él en calidad de primer ministro.

¡Quieto! Aquí las opciones son dos: o piensas que el hecho de que se haya convertido en primer ministro borra automáticamente todos sus delitos precedentes, escabechinas y matanzas incluidas, o bien perteneces a esa categoría de policías que sirven siempre y en todo caso a quien ocupa el poder, sin mirar quién es, si un hombre de bien o un delincuente, si fascista o comunista. ¿A cuál de estas dos categorías crees pertenecer?

¡Pues no! ¡Lo estás poniendo muy fácil!

¿Por qué?

¡Porque ha aparecido Catarella!

¿Y eso qué significa?

Que yo, a la propuesta de Riina, en realidad he dicho que no.

Pero ¡si no has abierto la boca!

He dicho que no a través de Catarella. Él empuña un revólver, me apunta y me dice que me mata si accedo. Es como si Catarella fuera mi conciencia.

¿A qué viene esta novedad? ¿Catarella es tu conciencia?

¿Y por qué no? ¿Recuerdas mi respuesta a aquel periodista que un día me preguntó si creía en el ángel de la guarda? Yo le contesté que sí. Y entonces él me preguntó si lo había visto alguna vez. Y yo le contesté que sí, que lo veía todos los días. Entonces quiso saber si tenía nombre. Y yo respondí que se llamaba Catarella. Era una broma, naturalmente, pero después, pensándolo mejor, comprendí que era poca broma y mucha verdad.

¿Conclusión?

La cosa hay que leerla al revés. La escena de Catarella significa que, antes que aceptar la propuesta de Riina, yo habría preferido pegarme un tiro.

Montalbà, ¿estás seguro de que Freud lo habría interpretado así?

¿Sabes qué te digo? Que me importa un bledo Freud. Y ahora déjame dormir, que ha vuelto a entrarme sueño.

Cuando despertó ya eran más de las nueve. No se veían relámpagos ni se oían truenos, pero fuera el tiempo debía de ser un asco. ¿Quién lo obligaba a levantarse? Le dolían las dos viejas heridas, y algún otro dolorcito, desagradable compañero de la edad, había despertado con él. Mejor aprovechar un par de horas de sueño más. Se levantó, se dirigió al comedor, desconectó el teléfono, volvió a acostarse, se tapó y cerró los ojos.

Los abrió apenas media hora después por culpa del insistente timbre del teléfono. Pero ¿cómo coño podía sonar si estaba seguro de haberlo desconectado? Entonces, si no era el teléfono, ¿qué era lo que hacía aquel ruido? ¡Pues el timbre de la puerta, gilipollas! Dentro de su cabeza se agitaba una especie de aceite de motor, espeso y viscoso. Vio los pantalones en el suelo, se los puso y fue a abrir soltando maldiciones. Era Catarella, respirando afanosamente.

—Ah, *dottori, dottori...*

—Oye, no me digas nada, no hables. Ya te diré cuándo puedes abrir la boca. Yo voy a acostarme y tú vas a la cocina. Preparas una cafetera de café cargado, llenas un tazón, le pones tres cucharaditas de azúcar y me lo traes. Después me cuentas lo que tengas que contar.

Cuando llegó con el humeante tazón, Catarella tuvo que zarandear al comisario para despertarlo. En aquellos diez minutos había vuelto a dormirse. «Pero ¿cómo funciona este asunto? —se preguntó mientras se bebía el café, que parecía caldo de achicoria recalentado—. ¿No es cosa sabida que en la vejez se necesita dormir cada vez menos? ¿Y cómo es que yo, conforme pasan los años, cada vez tengo más sueño?»

—*Dottori*, ¿qué le ha parecido el café?

—Excelente, Catarè.

Y corrió al cuarto de baño a enjuagarse la boca; de lo contrario tendría náuseas.

—Catarè, ¿es algo urgente?

—Relativamente, *dottori*.

—Pues entonces espera a que me duche y me vista.

Tras hacerlo, fue a la cocina y se preparó un café como Dios manda.

Cuando regresó al comedor, Montalbano encontró a Catarella delante de la cristalera que daba a la galería. Había subido las persianas.

Diluviaba. El mar había llegado justo bajo la galería, que de vez en cuando se estremecía por entero a causa del fuerte embate de alguna ola.

—¿Ahora puedo hablar, *dottori*? —preguntó Catarella.

—Sí.

—*Dottori*, un muerto encontraron.

¡Menudo descubrimiento! ¡El gran hallazgo! Por lo visto, había aparecido el cadáver de alguien muerto de muerte blanca, tal como decían los periodistas cuando desaparecía uno de repente y adiós muy buenas. Pero ¿por qué dar un color a la muerte? ¡La muerte blanca! Como si existiera una verde, una amarilla... La muerte, si de verdad nos empeñáramos en darle un color, no podría ser más que negra, negra como la tinta.

—¿Es fresco del día?

—No me lo dijeron, *dottori*.

—¿Dónde lo han encontrado?

—En el campo, *dottori*. En el término de Pizzutello.

¡Vaya por Dios! Un lugar solitario de estas tierras del Señor, lleno de precipicios y pedregales, donde un cadáver podía estar como en su casa sin que jamás lo descubrieran.

—¿Ya ha ido alguno de los nuestros?

—Sí, señor *dottori*. Fazio y el *dottori* Augello *si* hallan en el lugar de los hechos.

—Pues entonces, ¿por qué has venido a tocarme los cojones?

—*Dottori*, pido comprensión y perdón, pero así me *tilifonió* el *dottori* Augello, me dijo que le dijera que su presencia personalmente en persona era indispensable. Y yo, como el *tilifono* suyo de usía no contestaba, vine a recogerlo con el chip.

—¿Por qué con el jeep?

—Porque el coche no puede llegar al lugar, *dottori*.

—Pues muy bien, vamos allá.

—*Dottori*, me dijo también que le dijera que es mejor que lleve botas, se cubra la cabeza con una capucha y se ponga el *imprimible*.

El estallido y la avalancha de juramentos de Montalbano aterrorizaron a Catarella.

El diluvio no daba señales de amainar. Circulaban prácticamente a ciegas, porque los limpiaparabrisas no daban abasto para apartar el agua. Además, el último kilómetro antes de llegar a donde habían encontrado el cadáver era algo intermedio entre una montaña rusa y un terremoto de ocho grados en plena actividad. El mal humor del comisario se agravó en un silencio que pesaba un quintal, y eso puso nervioso a Catarella, cuya manera de conducir hizo que no se perdiesen ni un solo bache transformado en pequeña laguna.

—¿Te has traído el chaleco salvavidas?

Catarella no contestó; habría preferido ser el muerto al que iban a ver. En cierto momento el estómago de Montalbano debió de alterarse, porque le subió a la boca el vomitivo sabor del café de Catarella.

Al final, ayudados por la Providencia, se detuvieron junto al otro jeep, el de Augello y Fazio. Sólo que por allí no se veía ni a Augello ni a Fazio ni ningún cadáver.

—¿Jugamos al escondite? —preguntó Montalbano.

—*Dottori*, a mí me dijeron que me detuviera en cuanto viese el chip de ellos.

—Toca.

—¿Qué tengo que tocar, *dottori*?

—¿Qué coño quieres tocar, Catarè? ¿El clarinete? ¿El saxo tenor? ¡Toca el claxon!

—El *clacson* no funciona, *dottori*.

—Eso quiere decir que esperaremos aquí hasta que se haga de noche.

Encendió un cigarrillo. Cuando lo terminó, Catarella tomó una decisión.

—*Dottori*, voy yo a buscarlos. Como el chip está aquí, puede que ellos estén por los alrededores.

—Toma mi impermeable.

—No, señor *dottori*, no puedo.

—¿Por qué?

—Pues porque el *imprimibile* es de paisano y yo voy de uniforme.

—Pero ¿aquí quién te ve?

—*Dottori*, el uniforme siempre es el uniforme.

Catarella abrió la puerta, bajó, exclamó «¡ah!» y se alejó. Su desaparición fue tan rápida que Montalbano temió que hubiera caído en una zanja inundada y se estuviese ahogando. Bajó también y, en un santiamén, se vio resbalando unos diez metros con el trasero en el suelo por una pendiente fangosa, al final de la cual estaba Catarella, que parecía una escultura de arcilla fresca.

—Paré el chip justo en el borde y no me di cuenta, *dottori*.

—Ya lo he notado, Catarè. ¿Y ahora cómo hacemos para subir?

—*Dottori*, ¿ha visto que ahí empieza un camino? Yo voy delante y usted me sigue con cuidado, *dottori*, porque está muy *risbaladizo*.

Unos cincuenta metros más allá, el sendero giraba a la derecha. La intensidad de la lluvia impedía ver incluso a escasa distancia. De pronto, Montalbano oyó que lo llamaban desde arriba.

—¡*Dottore*, estamos aquí!

Levantó los ojos. Fazio se encontraba en una especie de montículo al que se accedía por medio de tres peldaños excavados en la tierra. Se protegía con un enorme paraguas rojo y amarillo de pastor. ¿De dónde lo habría sacado? Para subir, Montalbano necesitó que Catarella lo empujara por detrás y que Fazio tirara de él hacia arriba. «Esta vida ya no es para mí», pensó con amargura. El montículo era una explanada muy pequeña delante de la boca de una cueva en la que se cabía de pie. El comisario palideció nada más entrar.

En la cueva hacía calor, había una hoguera en el interior de un círculo de piedras, y de la bóveda colgaba un quinqué que

arrojaba suficiente luz alrededor. Sentados en taburetes hechos con ramas de árbol estaban Mimì y un sexagenario con una pipa en la boca, jugando a la escoba sobre una mesita hecha también de ramas. De vez en cuando bebían por turnos un sorbo de vino de una botella colocada en el suelo. Una escena pastoral. Tanto más cuando del cadáver no se veía ni la sombra. El sexagenario lo saludó; Mimì no. Desde hacía un mes, Augello se la tenía jurada al universo mundo.

—El muerto lo ha descubierto ese señor que está jugando con el *dottor* Augello —dijo Fazio señalando al hombre—. Se llama Pasquale Ajena y este terreno es suyo. Viene aquí todos los días. Ha arreglado la cueva porque aquí dentro come, descansa o se pasa el rato contemplando el paisaje.

—¿Puedo saber humildemente dónde coño está el muerto?

—*Dottore*, parece que se encuentra unos cincuenta metros más abajo.

—¡¿Cómo que parece?! ¿Todavía no lo habéis visto?

—No. Pasquale Ajena nos ha dicho que el lugar es prácticamente inaccesible si no para de llover.

—Pero ¡aquí parará de llover como mínimo esta noche!

—Dentro de una hora dejará de llover —intervino decidido Ajena—. Garantizado al cien por cien. Después volverá a empezar.

—¿Y entretanto qué hacemos nosotros aquí?

—¿Ha comido esta mañana? —preguntó Ajena.

—No.

—¿Quiere un poco de queso fresco con una buena rebanada de pan de trigo hecho ayer?

El corazón de Montalbano se abrió de golpe a una brisa de alegría.

—¿Por qué no?

Ajena se levantó, abrió un zurrón de considerable tamaño colgado de un clavo y sacó una hogaza de pan, un queso entero y otra botella de vino. Apartó las cartas y lo colocó todo encima de la mesita. Después se sacó de un bolsillo de los pan-

talones una navaja —de las que se usan para cortar jabón—, la abrió y la dejó junto al pan.

—Pueden servirse.

Se sirvieron.

—¿Quiere decirme por lo menos cómo ha encontrado el cadáver? —preguntó Montalbano con la boca llena.

—¡Pues no! —estalló Mimì Augello—. Antes he de terminar la partida. ¡Aún no he conseguido ganar ni una!

Mimì perdió también aquella partida y quiso la revancha, y después otra revancha más. Montalbano, Fazio y Catarella, que se estaba secando junto al fuego, se comieron el queso, tan tierno que se deshacía en la boca, y se bebieron toda la botella como quien no quiere la cosa.

Así transcurrió una hora.

Y, tal como había previsto Ajena, el cielo se despejó.